



Trabajo y Sociedad

Indagaciones sobre el empleo, la cultura y las prácticas políticas en sociedades segmentadas

Nº 7, vol. VI, junio- septiembre de 2005, Santiago del Estero, Argentina

ISSN 1514-6871

Argumento y narración en el informe científico^{*}

Alberto Tasso^{**}

Universidad Nacional de Santiago del Estero/CONICET

¿Cómo y por qué escribimos? ¿De qué modo nos planteamos la escritura dentro del campo de la "ciencia"? ¿Hay verdaderamente una frontera entre un texto que pretendemos 'científico' y el que no aspira a serlo? Estas son algunas de las preguntas que me movilizaron para situar a la escritura "científica" en el campo más general de la escritura a secas. Más allá de las diferencias ¿no hay también semejanzas en la manera en que un discurso es puesto sobre el papel? En estas páginas sostendré que es mucho más útil considerar lo que podemos llamar las leyes o aspectos comunes al país de la escritura, que enfatizar las diferencias provincianas entre una y otra variedad.

Para ello consideraré el lugar de quien escribe, centrándome principalmente en algunos casos de las ciencias sociales y humanas. Quienes trabajan en estas disciplinas son, probablemente, quienes más pueden aprovechar las recomendaciones surgidas de la escritura llamada 'literaria' y combinarlas con las que se enuncian desde una preceptiva 'científica'. Los escritores literarios suelen ser buenos descriptores de situaciones, y muchas veces uno quisiera poder imitarlos. La cuestión conduce a la práctica de la observación, y luego al modo de narrarla. Entonces, en principio deberíamos saber qué tomar, qué aprender, de los buenos escritores. Luego, analizo la adecuación del término 'argumento' aplicado al informe científico, y comentaré algunas ideas de Bertaux referidas a la narración en sociología.

De la lectura a la escritura

Somos alternativamente lectores y escritores. En la oscilación pendular entre uno y otro momento, cambiamos de actividad pero ambas son complementarias antes que opuestas. Es cierto que se puede ser lector sin ser escritor, pero esa posibilidad no nos interesa en este momento, porque en tanto investigadores damos por sentado que se espera de nosotros que escribamos para contar lo que hacemos. Dentro de las expectativas de rol del científico, es hoy dominante la de publicar, y eso coloca a muchas personas ante un dilema y una presión considerable. «Publica o claudica», establece un aforismo que circula hace unos años en la comunidad académica. Para alertarnos sobre los riesgos del exceso de información escrita, Schkolnik (1999) realiza una estimación de la abrumadora cantidad de libros que poblarían el planeta si cada humano escribiese uno, como recomienda un refrán. Luego, nos dice que

El cálculo de la cuantía de lo escrito se torna irrealizable si ha de incluir monografías, artículos y *papers* de toda clase, como los que frenéticamente redactan los miembros de la comunidad académica. Es claro, sin embargo, que en este último caso el desatino de escribir goza de la circunstancia atenuante de no ser un acto voluntario, y de que sus autores han de incurrir en él no por gusto ni porque esperan ser leídos, sino por obligación institucional.

¿Escribimos verdaderamente por obligación? En un sentido lato, estamos tan obligados a escribir como a saludar, a hablar o a vivir en sociedad, y es cierto que en el mundo académico se otorga validez al número de publicaciones como indicador del rendimiento académico de un investigador o un docente. Por supuesto, no significa esto que, aunque posible, sea legítimo escribir

* Estas páginas fueron inicialmente redactadas como introducción a una selección de textos que ilustran sobre distintas formas de narrar la información habitualmente llamada científica en ciencias sociales. El material fue preparado dentro de un curso taller sobre la elaboración de la tesis, en la Maestría en Estudios Sociales sobre América latina, Universidad Nacional de Santiago del Estero, Argentina.

** Doctor UBA, área Historia. Investigador del CONICET. Profesor de la Universidad Nacional de Santiago del Estero. Fundación El Colegio de Santiago. E-mail: tasso@arnet.com.ar

cualquier cosa, y el mismo sistema que manda escribir contiene exigencias acerca del contenido de lo escrito, esto es de su validez o confiabilidad. Eso reclama contrapesar la famosa «compulsión a publicar» con la de «escribir bien». Nos ayudan a ello los numerosos sistemas de control social del sistema: hay lectores que actúan como árbitros en las publicaciones, hay jurados de tesis, etc. Pero sabemos que estos sistemas tienen falencias; la conocida «broma» de Abraham Sokol al bogar publicar un artículo deliberadamente falso en *Social Texts*, así parece demostrarlo.

Por lo tanto, las instancias externas no cumplen acabadamente su cometido de vigilancia si no desarrollamos en nuestro mundo interno una suerte de autocontrol, que a la larga resulta el mejor reaseguro. Por supuesto, esto no se limita al dominio técnico de la escritura, sino que alude también a los otros requisitos del oficio, del saber hacer del conocimiento.

En este punto vale la pena recordar el ejemplo de Juan Rulfo, como ejemplo de un prestigio sólido basado en una obra reducidísima: la novela *Pedro Páramo* y los cuentos de *El llano en llamas*. Las 150 páginas de la novela eran, al principio, unas 400, y su trabajo de elegir, tachar, pulir y cortar, la redujeron en tamaño pero la agrandaron en densidad, en peso específico. Así se convirtió en esa suerte de gema de las letras latinoamericanas.

Me cuesta evitar la asociación entre la cirugía rulfiana y la *descripción densa* de Clifford Geertz. Resultado de una inmersión profunda en el asunto, de una relación íntima con los significados involucrados en el tema en estudio, esa forma de la narración puesta por el investigador en el papel satisface el requerimiento del desideratum en la retórica clásica, en tanto resultante de las plurales y diversas fases de la experiencia de conocer: recorrido, cosecha (espigado), molienda, destilación (meditación)... y finalmente la obtención del producto. En la misma línea, vale la pena recomendar un texto clásico de las letras: en las *Cartas a un joven poeta*, Rilke trata justamente este tema, al proponerle un itinerario existencial y espiritual (una ascesis) a quien quiere escribir poesía. Aunque estas referencias están alejadas de los manuales, de ningún modo son ajenas a su espíritu.

Como en toda actividad, en la escritura existen unas formas exteriores, unos movimientos y una superficie, y al mismo tiempo existen unos procesos internos, así como un sustrato de historia y rasgos personales. Es incompleta cualquier versión que oculte alguna cara del fenómeno. Así, rescato el *hágalo usted mismo* de la mecánica popular norteamericana –en realidad emparentado con la enciclopedia francesa de Diderot y D'Alambert- porque elimina las brumas del secreto esotérico; pero también convengo con las ideas clásicas –y hasta con las románticas- en el sentido de que hay voces secretas que hablan y circunstancias que iluminan, que nada nos será regalado, y que, además de pedir y esperar, debemos estar preparados para recibir los dones, esto es, trabajar para ello.

Pero nuestra práctica de lectura-escritura es dinámica, más parecida a una espiral que a un péndulo. El enriquecimiento obtenido de cada una de las dos fases nunca cesa, en tanto estemos atentos y dispuestos a ver y a mejorar. Nos enteramos de la eficacia de la expresión de los otros al leerlos, y al advertir las consecuencias del texto en nuestro ánimo y en nuestra inteligencia. Es mucho más difícil advertir las eficacias o, inversamente, los ripsos de la propia expresión; los vemos recién cuando nos lo señalan los demás, o cuando habiendo pasado el tiempo releemos nuestras páginas.

La forma de escribir en un informe científico

¿De qué manera escribimos? Habitualmente repetimos las formas que hemos aprendido, pero con arreglo al tipo de texto que estamos produciendo. El acto de escribir es siempre posterior a un encuadre, o una definición de la situación en que operará lo que escribiremos. Anoto de uno de los manuales que suelo releer:

La manera de expresarse en un trabajo científico no es tan sólo cuestión de gusto. El estilo científico es exacto y preciso. La verbosidad y las bellas palabras se evitan. El método no es de persuasión, sino de argumentación lógica, basada en hechos y conclusiones, teorema y demostración, exposición y resumen. Por supuesto que el estilo depende también del tema, pero la tendencia al estilo florido ofrece poca utilidad, incluso en una conversación sobre poesía. La experiencia enseña que un estilo aceptable no se logra observando reglas, sino por el ejemplo y la práctica. Sin embargo, podremos evitar uno que otro desacierto, una vez que nos sea señalado. (Standop, 1976: 12).

Este párrafo contiene elementos muy sugestivos. No sólo contiene el punto de vista clásico sobre las características del estilo y la prosa científica, sino que además da algunas precisiones

acerca de cómo lograrlo. Habla del ejemplo y la práctica, es decir la lectura y la ejercitación, resta importancia a la coerción de las reglas, pero rescata la función del maestro, que es aquél en condiciones de anotarnos de «uno que otro desacierto».

Muchos autores coinciden en señalar como zonas problemáticas de la escritura las siguientes:

- ✓ ¿Desde quién se habla: yo, nosotros, acaso neutro? El yo puede ser abusivo, el nosotros a veces suena arcaico, el neutro destila impersonalidad. Una combinación adecuada de todos ellos no es impensable. La cuestión es que se trata de un tema que requiere ser pensado, y elegir la forma más adecuada para cada caso.
- ✓ Buscar la claridad de la expresión, lo que conduce a los problemas de sintaxis y de falta de lógica en la organización de las frases. Necesita ser trabajada cada frase en la que un lector medianamente ilustrado en el tema se detiene porque no logra captar el sentido. Si deseamos expresar una idea con cierta complejidad (la relatividad, la tercera vía, el subdesarrollo, la gracia, etc.), debemos saber que no lograremos con una sola frase, que quizá necesitemos recurrir al ejemplo y a la metáfora. El viejo principio de evitar las frases demasiado extensas porque cansan al lector, y porque a menudo nos trabamos al redactarlas, es uno de los más sabios y vigentes. Buena parte de la literatura actual busca la eficacia de la concisión y la brevedad: la forma de escribir de Hemingway ha sido recomendada para los periodistas, que no pueden andarse con vueltas.
- ✓ Evitar el tono equívoco del lenguaje coloquial, o el de buscar una complicidad con el lector que siempre es molesta. Llegaremos a él, de todas maneras, por la fuerza de nuestra expresión y por la claridad con que la expresemos.
- ✓ Recordar que las comas, los puntos, los acentos, las comillas, los paréntesis, los espacios entre palabras –a razón de uno y no más que uno-, y los restantes auxiliares de la escritura, tienen un sentido y una función, y molestan tanto por su ausencia como por su abuso. Desdeñar la puntuación, la ortografía o el diseño de página aduciendo que uno va al fondo de la cuestión, a la idea, al contenido y no a la forma, etc., es una provocación o una muestra de ignorancia.
- ✓ Huir de los modernismos porque envejecen rápido y de los arcaísmos porque ya envejecieron. También de los extranjerismos, porque confunden el buen decir con el esnobismo, y porque si no conocemos muy bien la lengua de la que provienen, nos hacen cometer errores peligrosos.

Una de las memorables páginas de Borges contiene esta lección:

Carlos Frías me ha sugerido que aproveche su prólogo para una declaración de mi estética. Mi pobreza, mi voluntad, se oponen a este consejo. No soy poseedor de una estética. El tiempo me ha enseñado algunas astucias: eludir los sinónimos, que tienen la desventaja de sugerir diferencias imaginarias; eludir hispanismos, argentinismos, arcaísmos y neologismos; preferir las palabras habituales a las palabras asombrosas; intercalar en un relato rasgos circunstanciales, ahora exigidos por el lector; simular pequeñas incertidumbres, ya que si la realidad es precisa la memoria no lo es; narrar los hechos (esto lo aprendí en Kipling y en las sagas de Islandia) como si no los entendiera del todo; recordar que las normas anteriores no son obligaciones y que el tiempo se encargará de abolirlas. Tales astucias o hábitos no configuran ciertamente una estética. Por lo demás, descreo de las estéticas. En general no pasan de ser abstracciones inútiles; varían para cada escritor y aún para cada texto y no pueden ser otra cosa que estímulos o instrumentos ocasionales. (*Elogio de la sombra*, Buenos Aires, Emecé, 1976, págs. 9-10.)

Cuándo se empieza a escribir

Se empieza a escribir desde que se comienza una investigación. Pero es razonable distinguir a) las anotaciones provisionales para recordar algo (direcciones, referencias de personas, itinerarios de viaje, referencias bibliográficas, etc.); b) los textos más orgánicos que van a ser trabajados luego (tales como «las entrevistas», o «las observaciones» o «las síntesis de textos», etc.). c) los informes de investigación propiamente dichos, o informes científicos. En éstos hay a su vez varios subtipos, según se trate de: c.1) el informe final de una tesis; c.2) el informe final de una investigación que no es tesis; c.3) el artículo para una revista académica; c.4) el artículo para una revista de divulgación o un diario. Hay otras variedades (como los libros, por ejemplo) que por ahora no nos interesan.

Cada uno de estos tipos de textos tienen formatos distintos, porque cumplen distintas funciones, aparecerán en distintos medios, y van a ser leídos por distintos públicos. En consecuencia,

deberán ser elaborados con arreglo a distintos parámetros, algunos surgidos de la tradición de nuestra disciplina y otros proporcionados directamente por el medio, que nos pide una determinada extensión, una cierta tipografía y hasta un cierto estilo.

En consecuencia, el investigador enfrentado a estas tareas puede considerarse a sí mismo un escritor, al menos mientras está aplicado a ellas. Esta es la primera noción que queremos remarcar: a lo largo de estas páginas la palabra «escritor» no alude al rol social literario y público que aceptamos en el uso diario, sino al sentido lato de «la persona que escribe» o «produce escritos». No me extenderé, pero al aceptarlo aceptaremos también que valgan para cada uno de nosotros las reglas, los principios, las motivaciones, y los propósitos que consideramos que orientan la labor de los escritores reconocidos como tales. Vale la pena agregar que la mayoría de esos elementos no se expresa nunca: forma parte de los supuestos implícitos de la profesión, de las cosas que se dan por sentadas. Todavía no conozco una investigación que hable de los códigos, los tics públicos y privados de los escritores, ni de los investigadores científicos. Pero ambos los tienen.

Hemos dicho que no puede trazarse una línea divisoria entre el momento de recoger datos y el momento de escribir. Samaja reemplaza la noción rígida de etapas sucesivas por la de fases. Standop (op. cit., pág. 19) recomienda ponerse a escribir cuanto antes:

Una primera redacción hecha relativamente temprano ofrece la ventaja de que se ponen de relieve los resultados obtenidos hasta entonces y se obtiene una impresión de la extensión y la distribución del peso del trabajo. (...) Poner algo por escrito tempranamente, aunque más tarde haya de ser corregido o hasta desechado, es mejor que postergar una y otra vez el comienzo.

Estos procedimientos no son ajenos a los que hallamos en otras disciplinas que utilizan la escritura. Un poeta propone

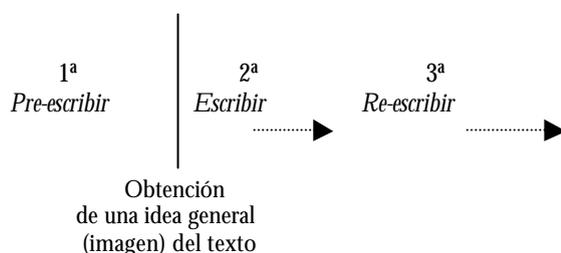
...empezar con la primera palabra apresada al azar
entre las páginas de un libro
empezar de pronto con cualquier frase
enseguida tacharla... (Zurita, 1981:42)

Está claro que la etapa la primera escritura, o borrador, es decisiva en la elaboración de un texto. De ella obtenemos una primera versión que podemos corregir o reelaborar. Vapnarski expone la «teoría del borrador» afirmando que «Para aprender a escribir, primero hay que aprender a corregir lo ya escrito». (Vapnarski, C., 1985, p.2)

Sin embargo, antes de llegar a la etapa del borrador hay otra de maduración:

Gordon Rohman ha sido uno de los primeros en empezar a estudiar la habilidad de la expresión escrita como un proceso complejo formado por distintas fases en las cuales ocurren cosas diferentes. Propone dividir este proceso en tres etapas: *pre-escribir*, *escribir* y *re-escribir*. Pre-escribir engloba todo lo que pasa desde que al autor se le plantea la necesidad de escribir un texto hasta que obtiene una idea general o plan del mismo. Es una etapa intelectual interna en la que el autor elabora su pensamiento y todavía no escribe ninguna frase. En cambio, escribir y reescribir constituyen las etapas de redacción del escrito, desde que se apuntan las primeras ideas hasta que se corrige la última versión. Cabe decir que el autor no diferencia ni separa estas dos últimas etapas. (Cassany, 1998:120).

LAS ETAPAS DEL PROCESO DE ESCRIBIR SEGÚN ROHMAN



El descubrimiento del tema, durante el proceso de pre-escritura, es una de las etapas más importantes, y Rohman sostiene que es una de las menos conocidas. En ella, el escritor piensa activamente sobre aquello que tiene que escribir; explora diversas alternativas; considera ideas suyas y de los otros; procura concebir, o adoptar, o adaptar, un modelo o patrón o pauta (pattern)

para su texto. El resultado es un punto en que se ha obtenido una idea general y se da comienzo a la etapa de escritura.

Escuchemos a Rohman (1965, cit. por Cassany):

Hay que distinguir el *pensamiento* de la *escritura*. El pensamiento precede a la escritura en términos de causa y efecto. El buen pensamiento puede producir buenos escritos y, al revés, no puede existir un buen escrito sin buenos pensamientos. El buen pensamiento no siempre desemboca en buenos escritos, pero el mal pensamiento nunca puede dar como resultado buenos escritos. (...) Creemos que la buena escritura es aquella combinación de palabras descubierta por el autor que le permite dominar su tema con una imagen fresca y original. En cambio, «la mala escritura» es un eco de una combinación que ha hecho otro, que nosotros meramente asumimos para escribir en una determinada ocasión.

El informe final

Caplow otorga tanta importancia al informe de investigación, que llega a negar el nombre de «investigación sociológica» a aquella cuyos resultados no sean publicados, sosteniendo que

El objetivo oficial del investigador es siempre contribuir al enriquecimiento del conocimiento científico. Se sobreentiende que aquél publicará los resultados obtenidos sin restricciones ni deformaciones, y que proporcionará suficientes informaciones sobre sus métodos a fin de que otros investigadores puedan reproducir este estudio si así lo desean (Caplow, cit. por Cea D´Ancona, 1996: 377).

En general, los libros de metodología de la investigación se caracterizaban por la ausencia -o escasez- del tópico «escritura del informe»; no otorgaban demasiada importancia ni detalle a la forma en que un informe final de investigación era elaborado, quizá porque estos aspectos eran tratados en otro tipo de manuales, los referidos a la forma de elaborar trabajos científicos. Esa tendencia podría estar cambiando, ya que en dos libros de edición reciente el tema posee relevancia. Ruiz Olabuénaga (1999) le concede 31 sobre 326 páginas, todo el Cap. 7 «De la interpretación al lector». Por su parte, Cea D´Ancona le reserva sólo 7 páginas sobre 384, 2 de ellas sobre la redacción. Pero, en compensación con su escaso número, esas páginas son buenas.

En la investigación cualitativa el texto del informe de una investigación es propuesto como el resultado de una serie de etapas sucesivas:

- ✓ Texto de campo. Es el que surge de las notas de campo, ya sean resultado de observaciones, entrevistas o reflexiones atinentes al escenario o sus personajes.
- ✓ Texto de investigación. Es la primera sistematización del material contenido en el texto de campo. Se realiza un ordenamiento, categorizaciones, se distinguen tipos característicos, se realiza una lectura de los cuadros numéricos de un censo o una estadística o una serie, se generan las primeras interpretaciones.
- ✓ Texto interpretativo provisional. Refleja «la experiencia personal de la experiencia social», según Ruiz Olabuénaga. Es ya un informe organizado, a diferencia de los dos anteriores, que permanecen en el nivel de la cocina doméstica.
- ✓ Informe final. Texto cuasi público, negociado con los participantes de la investigación. Informe científico remitido al lector.

De acuerdo con lo admitido sobre los informes de investigación científica, Cea D´Ancona (1996:378) considera su estructura integrada por seis grandes apartados: Introducción, Metodología., Resultados, Discusión, Conclusión, Bibliografía.

Dos son las secciones que más nos interesan en este artículo: los resultados y la conclusión. La sección de resultados comprende la relación y comentario de los hallazgos de la investigación, puestos en relación con los objetivos de la investigación.

La exposición de los resultados ha de caracterizarse por su claridad, precisión y objetividad. (Cea D´Ancona, 1996: 380).

En cuanto a las conclusiones,

Este es el [apartado] más difícil de escribir, porque debería resumir cuáles fueron los principales hallazgos de la investigación de una forma sucinta e interesante. Esto es, porque muchos lectores mirarán primero el final para ver si tiene algo interesante que decir, antes de comenzar por el principio (Gilbert, cit. Cea D´Ancona, 1996: 380).

Se comprenderá que, además de su conexión con los objetivos, estas dos partes guardan correspondencia entre sí, debido a que ambas remiten directamente a los materiales que el investigador recogió, a sus fuentes. Está claro también que los resultados están más cerca del campo y de los datos que allí se obtuvieron, mientras que las conclusiones tendrán un tono más interpretativo, y posiblemente un nivel de abstracción mayor, en tanto hagan referencia al corpus teórico en el que la investigación se ha fundado.

Argumento y narración

Por estas razones, creo que es en estos apartados o secciones donde tiene que ser más fuerte el esfuerzo compositivo-narrativo del investigador. Mientras el registro predominante de los resultados es el análisis, en las conclusiones lo es la síntesis. Ambas tienen una secuencia argumental, un discurso que tiene que seguir un hilo. Es en los resultados donde se ve más de cerca a los personajes, y eventualmente se escucha su palabra. En la investigación de tipo cuantitativo, la «voz» está reemplazada por el «dato» que refiere a una u otra conducta, pero siempre estamos diciendo algo del otro, o, si se quiere, el otro está hablando a través de nuestra palabra.

Ese otro no está en el aire, ni en nuestra cabeza: se encuentra localizado, asentado sobre la tierra, en coordenadas precisas de lugar y tiempo, en situaciones concretas de interacción horizontales y verticales, es decir que tiene pares, superiores e inferiores. Interactúa también con la naturaleza, con la economía y con los dioses, aún si es urbano. Tiene familia, viva o no con ella. Hay allí unas biografías y unas identidades personales, familiares, comarcanas, provinciales y nacionales, de género, de edad, de clase y hasta de color de piel, que seguramente forman parte de la novela personal y familiar de cada sujeto, y contribuyen a definir su *background* étnico.

Estén o no dentro de los objetivos de nuestra investigación, tales aspectos –entre muchos otros que no hemos mencionado- guardan conexión con aquellos aspectos que *sí* queremos estudiar, y será parte de nuestro esfuerzo captar el sentido de la acción de los individuos o los colectivos estudiados, captar las conexiones significativas que unan aquellos con éstos. Esas conexiones definen algo así como el argumento del tema en estudio. El investigador social se propone captar ese argumento para luego describirlo.

No es difícil percibir que estoy trazando paralelos entre el investigador y el narrador. Suele admitirse que un cuento o una novela consisten en la realización escrita de un argumento. No parece ser tan claro. En una ocasión, preguntado sobre esto, Borges dijo que consideraba a la narración como el camino *hacia* de un argumento, antes que la escritura *a partir* de un argumento.

El carácter literario de la investigación social se encuentra expresado en diversos casos. Las teorías ofrecen pistas predeterminadas para la construcción de argumentos. En manos de una teoría, un investigador es algo así como un autor de novelas policiales en manos del género que cultiva. Tiene pequeñas posibilidades de decisión, o muchas, según sea su ingenio, pero las bases estructurales de las relaciones que va a postular han sido planteadas ya por la tradición.

Un caso muy concreto de dos argumentos contrapuestos para los mismos personajes es el tratamiento que Robert Redfield y Oscar Lewis dieron a sus respectivos estudios sobre Tepoztlán. Redfield residió en este pequeño pueblo de México a fines de la década del 30, y Lewis algo así como 15 años después. La interpretación de este último autor difería en casi todos los puntos con la de Redfield. Donde éste había visto unión, camaradería y compañerismo, aquél vio conflicto, rencillas y competencia. Lewis también discute la tesis sobre el continuo folk-urbano porque no le parece convenientemente fundada, dice que Redfield le ha hecho «un flaco favor» a los intereses prácticos de los tepoztlanos –y por extensión, a todos los pueblos latinoamericanos- al presentarlos bajo una faz idílica, en medio de una especie de primitivismo feliz. Los dos antropólogos cambiaron por lo menos dos cartas de crítica y defensa de sus respectivas posiciones –que por otra parte son un ejemplo de respeto personal y de altura en el nivel de la discusión-, que fueron publicadas en revistas y acompañan la edición castellana del libro de Lewis (1986).

Ahora bien, ¿cuál es el argumento *real* de Tepoztlán y los tepoztleños? ¿El de Redfield o el de Lewis? Naturalmente no lo sabemos: ¡no hemos investigado allí! Pero podemos darle una respuesta *teórica* al problema. Además de suponer que uno dio en el clavo y el otro erró, y luego cambiar los papeles, hay otras dos posibilidades. Una es que los dos tenían razón, y que Tepoztlán cambió entre ambos estudios; parece la menos probable. La otra es que los dos están parcialmente acertados –y por lo tanto parcialmente equivocados-, que vieron a Tepoztlán con diferentes anteojos,

desde diferentes lugares, con diferentes perspectivas. En este caso, Tepoztlán aún sería un enigma.

Los ejemplos pueden multiplicarse con algunos casos locales provenientes de la investigación antropológica e histórica. La «civilización chaco-santiagueña» y sus paralelos con pueblos del antiguo y nuevo mundo que los hermanos Wagner anunciaron entusiasmados a fines de los años 20, se había evaporado unas décadas más tarde (Martínez, Taboada y Auat, 2000). El poblamiento indígena primitivo de esta región que describe Ana María Lorandi dista considerablemente del que describe Amalia Gramajo; Juan C. Garavaglia no cree en la versión del tiempo de Rosas que dio el historiador John Lynch hace sólo diez años; el Santiago del siglo XVIII de Luis Alén Lascano poco tiene que ver con el Judith Farberman. En todos estos casos, cada autor procede con un marco conceptual, unos propósitos y unos datos distintos.

En los años 70 y 80 los partidarios del pluralismo étnico impugnaban la noción germaniana del «crisol de razas» expuesta a fines de los 50, dado que ambos partieron de teorías distintas, proclives a enfatizar la diferencia y la segmentación en el primer caso, y la integración en el segundo. En un interesante balance crítico, Hilda Sabato (1990) centra su análisis no en la inmigración sino en las interpretaciones sobre la inmigración, y llega a hablar de «un proceso, dos ópticas»; sostiene que, aunque el pluralismo étnico trajo nuevas ideas y un análisis pormenorizado de casos, sus cultores sólo toman en cuenta los datos que vienen bien a su interpretación, y en algunos casos desfiguran el cuadro con ciertos sesgos muy visibles.

La (provisoria) conclusión de mi análisis es que, al menos en las ciencias sociales, la realidad es un constructo social, en el sentido berger-luckmaniano¹ del término. Ese constructo hipotético-deductivo opera simultáneamente como diferentes cosas: por un lado es descripción de la realidad *existente*, por otro una hipótesis acerca de esa realidad, por otro es argumento interpretativo que intermedia entre una teoría y los sujetos o el asunto estudiado, y finalmente es una novísima realidad construida que el investigador acaba de inaugurar con su discurso, que se sostendrá en el tiempo mientras alguien repare en ella. La supervivencia de un texto es enteramente imprevisible. La estimulará tanto el crédito como el descrédito, especialmente si resulta superada por otros textos que, para nuestra fortuna o desgracia, ya se están escribiendo. Pero será su coherencia, su lógica, y su elegancia, la que eventualmente lo conservará en la memoria, o provocará la alegría de re-descubrirlo.

Desde este punto de vista, puede decirse de las ciencias sociales en general aquello que Wayden White dijo de la historia, que ficcionaliza, con arreglo a pautas propias de la disciplina. En un escenario de ficciones sociológicas, antropológicas, historiográficas y economicísticas, la tarea de un investigador social consiste en buscar un argumento, construirlo por escrito, y proporcionarle verosimilitud y consistencia, de modo tal que pueda suscitar adhesión y credibilidad, de modo tal que su identidad y su lugar –en especial el ocupacional- permanezcan asegurados. Se convendrá en que esta tarea no es sencilla, en medio de crisis paradigmáticas frecuentes. Pero esta interpretación, que quisiera despojar de toda ironía excepto de la que ella misma lleva implícita, me conduce exactamente al punto desde el que partí, a saber, el trazado de los paralelos entre el investigador y el escritor «literario», en los que argumento y narración desempeñan funciones similares, si bien es cierto que con arreglo a códigos y supuestos distintos, ya que provienen de su propia disciplina o campo.

La búsqueda de un argumento consistente acerca de la conducta social de la población, la actividad, el escenario o la institución que estudiamos parece estar jaqueada por obstáculos epistemológicos mayores que el imperio del sentido común. Justamente, es el imperio de la teoría científica el que acecha al investigador. El riesgo no está tanto en el campo como en su gabinete. Otros problemas pueden presentarse en el proceso de la narración. A manera de ejemplo, ya que no trataré con más detalle este punto, anotaré uno que reside en la descripción a partir de observaciones y entrevistas: que el discurso del narrador deforme el sentido implícito en la actuación o los discursos de los entrevistados.

¹ Berger P. y Lukmann, T. : *La construcción social de la realidad*, Amorrortu, Buenos Aires, 1982. (re-editado en 2005).

¿Es posible saltar estas vallas? Aquí me limitaré a comentar un texto de Berteaux² que comienza planteando la siguiente paradoja: aunque la sociología se ocupa “de las instituciones, las culturas, las formas de vida social, las relaciones sociales, en otras palabras, de la verdadera textura de la vida social tal como las personas la viven”, esas personas no se interesan en leer sociología. Y se pregunta por qué: “¿Qué es lo que falla en las formas contemporáneas del discurso sociológico, que hace que la gente huya de él?”

Este autor le da importancia al significado que poseen los datos en sí mismos. Considera que en la sociología cuantitativa, los datos que el sociólogo encuentra

conllevan en sí mismos muy poco significado. Depende del sociólogo el conferir contenido a los datos que no lo tienen [lo que lo coloca] en la posición de conferir significado al caos vacío de contenido de las apariencias, una tarea que históricamente ha sido la de las ciencias naturales. Hay sin embargo, una leve diferencia entre la ciencia natural y la ciencia social: los objetos que estudia la sociología hablan. Hasta piensan.

En este punto recordamos la argumentación de Garfinkel, que no reconoce la barrera epistemológica entre lo profano y lo erudito o científico, en el sentido del peligro de suponer que el sujeto en estudio es un «idiota cultural» (Coulon, 1988). Luego, Berteaux argumenta que el sociólogo debe aprovechar el conocimiento y las definiciones que los individuos desarrollan sobre la sociedad, porque saben mucho acerca de lo que está pasando, a veces mucho más que los sociólogos. Los relatos de vida son una de las mejores herramientas para lograr la expresión de lo que la gente ya sabe acerca de la vida social. En esta línea, Berteaux prosigue afirmando que, no obstante, la sociología tiene algo que decir, porque cada persona tiene un limitado campo de percepción, con dificultades para acceder al conocimiento del todo, y mucho más a la comprensión del movimiento histórico de ese todo.

[La tarea de la sociología es] comprender el movimiento de las sociedades –pero no explicarlo (para ello necesitaríamos leyes sociales)- y describirlo en profundidad, utilizando conceptos teóricos si fuese necesario. Necesitamos la teoría tanto como la ideología circundante que, incorporada como está al lenguaje del sentido común, no nos provee de palabras que expresan procesos que tienen lugar en el nivel de las relaciones sociales. Si nuestros conceptos tienen sentido, tarde o temprano llegarán a incorporarse al conocimiento popular: llegarán a formar parte de la cultura.

Berteaux atribuye la «decrepitud» de la sociología a una suerte de deserción del lugar en el que debe estar. Sostiene que otras disciplinas han venido haciendo mucho mejor que ella la tarea de dar a la sociedad imágenes significativas de ella misma: la novela y el cine, más recientemente. En este sentido, afirma:

He llegado a la conclusión de que deberíamos intentar y desarrollar una forma diferente de discurso, a saber: la narración (*recit*). Esta es la forma que un novelista, pero también los historiadores y algunos antropólogos, usan. También se usa en algunos libros sociológicos que son leídos por el público: los trabajos de Oscar Lewis, el de *White Street corner society*, el de Levi-Strauss *Tristes tropiques*, los trabajos históricos de Marx o las leyendas de Castaneda, o aún también ese gran clásico de la dialéctica, *Far Sher*, de William Hinton. La narración necesita no ser atórica, en tanto que fuerce al teórico a teorizar acerca de algo concreto. Si esta forma es simple. Puede ser usada para transmitir contenidos latamente complejos (véase el *El 18 Brumario* de Marx o el citado de Hinton) y nos fuerza a trascender el estudio analítico, en el que nos detenemos con mucha frecuencia, y a avanzar hacia la síntesis.

Entre los autores que hemos citado están presentes algunos otros planos de convergencia entre escritores científicos y literarios. Ya hemos visto que, para la investigación cualitativa, la validez del texto del informe final la otorga el lector, esto es, su público (Ruiz Olabuénaga, op. cit.). Otra autora lo expresa así:

La escritura de lo hecho y su justificación puede resultar para algunos sencilla, mientras para otros se convierte en una labor tediosa. Dependerá de la práctica del investigador, de su capacidad creativa, así como de su habilidad en las artes de la comunicación escrita (...) Es muy importante que el investigador identifique, previamente, las características e intereses de su audiencia (Cea D'Ancona, op.cit., pág. 382).

Esta última frase alude a un conocido tema de la sociología de la literatura, consistente en los vasos comunicantes entre el gusto del público y las características de la producción literaria.

² Berteaux, Daniel: “Desde el abordaje de la historia de vida hacia la transformación de la práctica sociológica”, en *Biografía y sociedad*. (S/ref. editorial).

Desde el punto de vista de nuestro propio argumento, los puntos de contacto entre la escritura «científica» y la «literaria» no son desdeñables. Más aún, la convergencia y el tratamiento de muchos problemas comunes pueden enriquecer al investigador-escritor. Éste tiene que responder a una serie de exigencias o reglas que son distintas a las del escritor-literario. Pero en su acercamiento los sujetos de su consideración, podría sentirse como en el teatro, alternativamente espectador, actor, y autor. Como espectador, es uno de tantos que contemplan la ‘comedia’ o el ‘drama’ humano. Para comprenderlo, deberá ponerse en el papel del otro, esto es, representarlo. Luego, como narrador, a decirlo, contárselo a otros espectadores como él mismo.

En los talleres de escritura practico el juego de intercambio de roles , que se completa con los personajes del editor, el lector, el crítico, el librero y el bibliotecario. Las disciplinas llamadas genéricamente ‘literarias’ tienen muchos casos y materiales para brindarnos. Un novelista puede ser una referencia en tanto modelo, indagando su eficacia y tratando de imitarlo; para esto es bueno el juego de «escribir un párrafo a la manera de... ». Este juego fue practicado por Platón, que debe parte de su vigencia a su reproducción del habla coloquial, bajo la forma del guión. Algo semejante hizo Oscar Lewis en su serie de los Sánchez, una familia mexicana. Castaneda registró en su cuaderno los diálogos con Don Juan, y Truman Capote mantuvo el registro magnético de sus conversaciones en algunos textos de *Música para camaleones*.

La fusión de géneros es un recurso, entonces, con larga historia, y la ‘novela histórica’ – expresión tautológica, discutida pero extendida- una de sus piezas. En tiempos de inter-textualidad asumida, y a veces excedida, el párrafo de una novela, el verso de un poema, pueden decir de manera sugestiva aquello que nos cuesta. Las plumas de los demás, usadas atinadamente son socias de nuestro propio argumento; Toynbee la utiliza a menudo en su clásico *Estudio*. Entonces, en el momento de levantarnos de la butaca del teatro para fumar un cigarrillo simulando un entreacto –porque la obra continúa- sabremos que ninguno de nuestros transitorios roles ha sido demarcado de una vez y para siempre.

Bibliografía

- Caplow, Theodore: *La investigación sociológica*, Barcelona, Laia, 1977.
- Cassany, Daniel: *Describir el escribir. Cómo se aprende a escribir*, Buenos Aires, Paidós, 1998.
- Cea D'Ancona, M.^a Ángeles: "El uso de fuentes documentales y estadísticas", Cap 6, pág. 219-237; "El análisis de contenido cuantitativo", Cap. 10, pág. 351-376, en *Metodología cuantitativa. Estrategias y técnicas de investigación social*. Madrid, Síntesis, 1996.
- Coulon, Alain: *Qué es la etnometodología*, Madrid, Cátedra, 1988.
- Gordon Rohman, D.: «Pre-Writing : The stage of discovery in de writing process», *College composition and communication*, 16, mayo, págs. 106-112.
- Lewis, Oscar: *Tepoztlán, un pueblo de México*, Fondo de Cultura Económica, 1986.
- Martínez, Ana; Taboada, Constanza; Auat Luis A. "Los descubrimientos arqueológicos de los hermanos Wagner y la construcción de identidad en Santiago del Estero. (II)" en *Nuevas Propuestas* N° 28, UCSE, diciembre 2000. pp 3-70
- Ruiz Olabuénaga, José Ignacio: "Análisis de contenido", Cap. 6, en *Metodología de la investigación cualitativa*. Bilbao, Universidad de Deusto, 1999.
- Schkolnik, Samuel: «No escriba», *La Gaceta*, Tucumán, agosto 1999.
- Standop, Ewald: *Cómo preparar monografías e informes*, Buenos Aires, Kapelusz, 1976.
- Vapnarski, César: «La comunicación escrita en ciencias sociales», 1985. (Inédito).
- Zurita, Carlos V.: «Patria de papel», en Pinter, H., Tasso, A. y Zurita, C.: *Acuerdo de partes*, Santiago del Estero, Ediciones Ciudad del Barco, 1981.